

Crisis y Lealtades

Valentí Puig | Escritor y presidente del Consejo Asesor del Club Tocqueville



Imagen: Pixabay

Resumen

Siendo cierto que la pandemia va a trastocar no pocas cosas –y con dolor-, el crecimiento económico, por efecto de la destrucción creativa, podría reemprender, sobre todo si se evita la tentación proteccionista. Al mismo tiempo, habrá que afrontar la tarea de reequilibrar individualismo y comunidad.

al máximo individualismo y comunidad acudiríamos a un matiz tocquevilliano tras el viaje a América: “No solamente la democracia hace olvidar a cada hombre sus antepasados, sino que también le oculta sus descendientes y le separa de sus contemporáneos: le lleva sin cesar hacia sí mismo y amenaza con recluirlo por completo en la soledad de su propio corazón”.

Introducción

“La lealtad resulta indispensable para que el liberalismo democrático afronte las erosiones de legitimidad”

Estado, individuo y nación, por ejemplo, ahondan en sus líneas de sombra cada vez que las sociedades abiertas han de afrontar sus peores crisis, como ocurre ahora. No poco depende de si la decisión ha sido seguir acampando a orillas de la libertad mientras al otro lado del río se agrupan los fundamentalismos o las fuerzas de la disgregación. La lealtad resulta indispensable para que el liberalismo democrático afronte las erosiones de legitimidad. En plena pandemia, con grandes riesgos económicos e institucionales, para reequilibrar

Lealtades

Eso obliga a ponerse ante el espejo deformante de una paradoja: sin lealtad no es posible un gobierno legítimo a la vez que no existe fórmula jurídica alguna que de garantía de esa lealtad irremplazable. Por fuerza urge delimitar matices semánticos en la idea de nación o de pertenencia, tanto como la distinción entre derecho y aspiración. Entre la autonomía del individuo y su inserción en una comunidad, vivimos –queramos o no- en una densa complejidad de contrapesos entre vínculos y oportunidades, según aquella hipertensión diagnosticada por Ralf Dahrendorff. Quizás estamos hurgando demasiado en una grieta sobredimensionada: es decir, que, en razón de su universalidad, la forma democrática no suscita suficiente lealtad, o al menos no tanta como los mitos y tótems de una comunidad. Claro está que, en el otro

extremo, la exacerbación de la lealtad particularista consiste en los pactos de sangre de la mafia.

**“En razón de su universalidad,
la forma democrática no suscita
suficiente lealtad, o al menos no
tanta como los mitos y tótems de una
comunidad”**

En paralelo, la política antisistema genera por acción reactiva la noción de confianza requerida para entender no pocas cosas del sistema de libre mercado. Por un mecanismo de retroalimentación, la deslealtad destruye confianza. Dicho en otros términos, ocurre en aquellas circunstancias en las que la lealtad del ciudadano no se antepone al autointerés del individuo cuando opera manifiestamente fuera de las normas de la sociedad. El capitalismo de casino y sus efectos de atomización no tienen nada que ver con el pensamiento de Adam Smith. Una de las victorias de relativismo habrá sido borrar del mapa aquel siglo que se empeñó en no conocer el verdadero tacto de la política, dejándose llevar por el constructivismo racionalista en diversa graduación de utopismo y afanes totalitarios.

Todos antiglobalistas

En estos momentos, se tiende a ver el origen de la discordancia en los populismos. En realidad, son un efecto y no una causa. Además, ¿qué tiene que ver el populismo indigenista en Centroamérica con Donald Trump, con Orban en Hungría o la tensión política polaca? Estamos de nuevo en distintas manifestaciones históricas del arraigo. Pero en esos nuevos movimientos políticos subyace, de modo diverso, una resistencia a las dinámicas de la globalización, mientras sedimenta confusión entre la ideología del globalismo y las realidades de interacción económica que van a quedar afectadas por la nueva crisis, pero que seguirán siendo la mejor salida para el crecimiento y la estabilidad internacional. De nuevo, el olvido: ya no

nos consta ni la posibilidad de una nueva clase media ni que el iPhone esté dando ritmo a las economías africanas.

En realidad, hablar de globalización sigue siendo como pretender definir sus múltiples simultaneidades. En ese mundo global se entrecruzan incesantemente “bits”, que es algo carente de peso, que está sobrecargado de información y se mueve a la velocidad de la luz. Esas son perspectivas que van mucho más allá de la pandemia o de una recesión aunque es comprensible que tanta complejidad anonade, porque la segunda oleada del coronavirus era –proporcionalmente– casi más inesperada que la primera. El virus, mata. Pero seguimos en un horizonte de interconexión global que se llama “el ciberespacio”, es decir, estamos en la instantaneidad financiera, le damos a una tecla y millones de dólares o de euros van de allá para acá, en nuevas migraciones, vuelcos económicos, etcétera. La logística de las vacunas muy probablemente va a canalizarse por los caminos que abrió la globalización.

Más comercio

El economista hindú, Jagdish Bhagwati ya describió ese horizonte: “La globalización económica supone la integración de las economías nacionales y la economía internacional mediante el comercio, la inversión extranjera directa por parte de empresas multinacionales o flujos de capital a corto plazo, los flujos internacionales de trabajadores, recursos humanos en general y los flujos de la tecnología”. El crecimiento económico de la India o el ingreso de China en la Organización Mundial del Comercio fueron simultaneidades asombrosas. Actualmente ralentizado por la pandemia, ese comercio, acelerado por la comunicación, reemprenderá el crecimiento y eliminará pobreza. Con los efectos de la destrucción creativa, puede recomenzar a una velocidad de vértigo. Ahora mismo, a causa de la pandemia, ese factor multiplicador, generado por la informática, multiplica las incertidumbres cuando todos buscamos certezas. Lo cierto es que ya hace tres décadas que

pudo formularse una comparación asombrosa: si la tecnología del automóvil hubiese tenido un avance semejante al de la informática, sería factible disponer de un Rolls Royce al precio de 300 pesetas y podría dar veinticinco vueltas al mundo con un poco más de un litro de gasoil. Todo esto se fundamenta en la experiencia histórica del ser humano con los mercados; ese es el secreto. La historia de la humanidad -según Martin Woolf, del "Financial Times"- jamás había conocido una sociedad que haya producido bienes de primera necesidad con una abundancia comparable a la que ha logrado producir la economía de mercado. Trescientos millones de chinos superaron el umbral de la pobreza. Ese círculo de desarrollo intensivo es consecuencia de la globalización, la revolución de la tecnología de información en parte y de la renovación de la norma liberal de regulación del capitalismo. Varían el sistema de identidades, los ámbitos de la fiscalidad, es decir, el control fiscal será muy distinto, las competencias del Estado-Nación y hay cambios en las alianzas políticas. Entonces, pasamos del partido como jerarquía al partido como red. Además, varía por completo todo el sistema de propiedad intelectual.

Por otra parte, la identidad y el crecimiento mantienen claros desajustes, claro está, pero sin dar por hecho que sean incompatibles. Es una práctica del capitalismo a escala inimaginable que crea miedos y, a la vez, crea la psicosis antiglobalización como en muchos aspectos. También hay un recelo anti-inmigración. Estamos ante el dilema de la comunidad estable y la movilidad, entre lo que se mueve a la velocidad de la luz y lo que para nosotros era nuestra costumbre, tradición, comunidad y cohesión vital. Ya habitamos en un mundo donde los auténticos globalistas son los gestores de los fondos de inversión que administran el dinero de los sindicatos, de los fondos de pensiones de los sindicatos.



Imagen: Pixabay

En unas décadas Tailandia logró pasar de ser productor de arroz a competir con Detroit en la fabricación de camiones y se convirtió en el cuarto fabricante mundial de motocicletas. La contaduría y el departamento de informática de "Swissair" se ubicaron en Nueva Delhi. Del mismo modo ocurre que los países con más interconexión informática propenden a la democracia. La eliminación de fronteras económicas se suma a la revolución informática para hacer posible un mundo de cambio económico y global. Se ha desplomado el costo de las comunicaciones y todo este proceso es favorable a la libertad porque contribuye a minar los sistemas de los regímenes autoritarios.

Una China gigante

A China ya no sabríamos cómo definirla: si como comunista, post autoritaria, post totalitaria o leninista-capitalista. Produce riqueza a pasos agigantados y a la vez es uno de los intentos más claros del control de Internet. Está cerrando los cibercafés, las Web, intenta controlar el tráfico informativo de Internet con tecnología de información adquirida en los Estados Unidos. El bloqueo alcanza a centenares de miles de sitios Web que corresponden a ciberdisidentes, espacios religiosos y a grupos secesionistas. Yahoo ha aceptado mecanismos de autocensura en China. Se hacía inevitable que irrumpieran los populismos, la insatisfacción y el proteccionismo.

Seguramente y por desgracia, se llegará a crear una divisoria entre los que se quedan conectados y los que se quedan al margen. Los regímenes desconectados de la globalización pueden ser los países con riesgos para la comunidad internacional. Donde haya más conexiones de red informática, más transacciones financieras, más seguridad colectiva, más globalización, más estables serán los gobiernos y más próspera será la sociedad. La desconexión significa peligro para los demás y posibilidad de cobijo para elementos del terror global. No cesan los atentados; la geografía del terror carece de lindes.

El sentido trágico

A pesar de todo, preferimos eludir aquel pensamiento político que parte del sentido trágico de la Historia. Nos reconfortan mucho más los historiadores que prescindan de tener en cuenta la existencia perenne del bien y el mal. Es la segunda ola relativista, hasta el punto que en un nuevo malabarismo dialéctico el psicoanalista Slavoj Žižek ha llegado a la conclusión de que después del Coronavirus hay que acabar con la vieja pandemia demoliberal y reinventar el comunismo. Žižek resuelve el dilema de la humanidad proponiendo imitar alguna finta de artes marciales. En fin, la catástrofe es saludable. El comunismo global es la menos mala de las salidas, si no la mejor.

Es habitual preguntarse si la tesis de Francis Fukuyama sobre el fin de la Historia ha quedado enfangada entre los cascotes del Muro, Lehman Brothers, Trump, el Brexit y el Coronavirus. Fukuyama ha matizado con insistencia la interpretación que adujo al terminar la guerra fría pero sin desdecirse de una tendencia asimétrica a preferir sistemas liberales, a pesar de los nuevos populismos. Por el contrario, el historiador israelí Yuval Noah Harari se ha despedido del sueño decrepito del libre albedrío, advierte sobre los riesgos del “big data” –por ejemplo, al hablar del Coronavirus–, y prescinde de los valores de comunidad, como flujo energético del relativismo. Fukuyama ve como una amenaza las derivaciones del futuro post-humano mientras que Harari apuesta por la teoría transhumanista, la inteligencia artificial como bóveda celeste y un siglo XXI refundado en 21 lecciones. La discrepancia es insalvable porque Fukuyama no

reniega de la existencia de una naturaleza del hombre a la vez que Harari da por hecho que experimentar con la condición humana es una forma de progreso.

Dice Fukuyama: “¿Qué será de los derechos políticos cuando de verdad seamos capaces de producir unos individuos con sillas de montar en las espaldas y otros con botas y espuelas?”. Sería la posibilidad de un mundo con clases sociales predeterminadas genéticamente y quién sabe si estúpidamente felices por un destino que se les daría definido por manipulación genética. Lo que inquieta a Fukuyama parece ser un incentivo para Harari. Digamos que de una parte Harari delega en la atomización el porvenir y Fukuyama confía aún en la cohesión, las virtudes públicas y en una continuidad orgánica.

“La fortaleza frente a la pandemia es la conservación de las instituciones”

¿Post-pandemia?

Frente a las sombras de la globalización hay quien lanza al aire los tres hurras por el globalismo. A veces falta sentido medido de la realidad pero lo cierto es que del ejercicio de la libertad depende que los algoritmos no se conviertan en la formalización virtual de un nuevo destino. Harari se decanta expresivamente por la fusión de biotecnología e infotecnología. En sus dos sustanciosos volúmenes sobre los orígenes del orden político, Fukuyama ya presiente que a partir de ahora para calificar el futuro no tendrá más peso el tipo de



Imagen: Pixabay

régimen sino las capacidades del Estado y la confianza de la sociedad. Como ha escrito Fukuyama en “The Atlantic”, lo que distingue un régimen autocrático de uno liberal es que equilibra el poder del estado con las instituciones que lo limitan: es decir, el imperio de la ley. Ahora, como se ve en el borroso panorama político de Europa, los matices imprescindibles sobre la calidad democrática se están adentrando en una nueva complejidad, muy turbadora. Fukuyama confía menos que Harari en la bendición robótica. El declive político se da cuando –dice Fukuyama– los sistemas políticos no se ajustan a las circunstancias cambiantes. Ahí debiera prevalecer la ley de conservación de las instituciones, entre crisis y lealtades. Esa es fortaleza frente a la pandemia de 2020.

Para saber más

Nicolas Baverez, (2020): *Le monde selon Tocqueville* (París: Tallandier).

R. R. Reno, (2020): *El retorno de los dioses fuertes* (Madrid: Homolegens).

Robert Royal, (2020): *A deeper vision* (San Francisco: Ignatius Press).



Imagen: Pixabay

Síguenos en



hola@clubtocqueville.com
www.clubtocqueville.com

El Club Tocqueville no se identifica necesariamente con las opiniones expresadas en los textos que publica.
© Club Tocqueville y los autores.